



CULTURA

Juan Giménez de Aguilar, la extinción de un sabio republicano

Tomás Fernández Ruiz

Si hay algo que llame especialmente la atención en la biografía de Juan Giménez de Aguilar y Cano es su evolución ideológica. Su trabajo como redactor en un periódico conservador conquense no le impidió ser, unos años más tarde, uno de los militantes fundadores del PSOE en Cuenca. Su padre había sido diputado progresista, gobernador y alcalde, defendiendo personalmente la ciudad de los bárbaros ataques carlistas que Cuenca sufrió en el siglo XIX. Como masón convencido, fue siempre fiel a los principios filantrópicos, humanistas y librepensadores que juró al ingresar en la Logia. Su pasión por el arte y la cultura estuvieron a punto de costarle la vida cuando en 1936 se enfrentó a una turba de fanáticos que quería saquear y destruir las obras de arte religioso. Perdida la guerra, Giménez de Aguilar sufrió la represión salvaje del Régimen y se le condenó a muerte. Algunos eruditos han calificado ya de sabio a Juan Giménez de Aguilar, tomando como referencia sus escritos científicos y su profundo conocimiento en lo que al Arte se refiere. La Enciclopedia Universal Espasa-Calpe le ha dedicado más de media página en su edición hispanoamericana. Paradójicamente, en su tierra natal, la Cuenca del tercer milenio, Juan Giménez de Aguilar sigue siendo un personaje maldito.



Nacido en la ciudad de Cuenca en 1876, antes de cumplir los veinte años Giménez de Aguilar se traslada a Madrid para cursar estudios de Ciencias Naturales y conseguir un brillante doctorado. No cabe duda que esa época universitaria que vivió en la capital de finales de siglo XIX, marcaría decisivamente la vida de este erudito conquense. La convulsión social en que se agitaba la Villa y Corte, junto al incon-

tenible cambio político que se avecinaba hacia la República, dejaron su marca en muchos otros intelectuales, escritores y políticos españoles que se darían a conocer como la **Generación del 98**. Los contactos que mantuvo con algunos de sus miembros, dejaron en Juan Giménez un poso de cultura y honestidad que le acompañarían el resto de su vida.

Tras unos años dedicado a la docencia fuera de Cuenca, Giménez de Aguilar vuelve a su ciudad natal. En 1910 acepta el puesto de redactor jefe que le ofrece **El Mundo**, un diario local conservador que intenta mantener los privilegios de las clases pudientes de Cuenca. A partir de 1918, este humanista esporádico y convencido da

un giro radical en su ideología y comienza a escribir en **La Lucha**, el periódico de la sociedad obrera **La Aurora**, apoyando en sus columnas a la **Institución Libre de Enseñanza**. El mismo Juan Giménez intenta explicar en sus escritos el brusco giro de su trayectoria política: *"He vagado por la política monárquica sin encontrar satisfacción..."*. A partir de entonces, Juan Giménez de Aguilar buscaría la satisfacción en un cambio político sustancial: el derrocamiento de la monarquía y la implantación de la república como único gobierno legítimo y democrático en España.

Su biógrafo **Antonio Herrera**, que ante todo considera a Juan Giménez como *un humanista e intelectual del 98*, explica así el giro ideológico que dio este personaje en su posterior trayectoria política *"Cuando funda junto a otros vecinos progresistas de Cuenca el PSOE y la UGT, Giménez de Aguilar sentía un vivísimo deseo de justicia social y un desbordado amor al prójimo desheredado (...) que sufría los abusos y atropellos de un caciquismo local"*.

RESUMEN:

Reciente aún la publicación de la biografía de Giménez de Aguilar por Ángel Luis López Villaverde (cuya reseña se incluye al final de este artículo) ofrecemos aquí una aproximación complementaria a este importante personaje de la vida conquense en el primer tercio del siglo XX: profesor, político, estudioso y defensor del patrimonio, la ciudad tenía una deuda con él, y el citado libro y este trabajo pretenden, de alguna manera, pagarla divulgando su figura en nuestros días.



CENTRO DE ESTUDIOS
DE CASTILLA-LA MANCHA

Activista republicano

Corresponsal de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, miembro activo de las reales sociedades de Etnología, Historia Natural, Amigos del Arte, Antropología, Etnografía y Prehistoria, Amigos del árbol, Liga española de Derechos del Hombre, fundador de La Fraternidad y el Ateneo conquense... La lista de sociedades que tuvieron el privilegio de contar con Juan Giménez de Aguilar entre sus miembros sería interminable. Con la caída del dictador Primo de Rivera, el exilio del grotesco Alfonso XIII y la proclamación de la II República española en 1931, Giménez de Aguilar encuentra un campo abonado para desarrollar su insigne personalidad.

Durante este periodo de progreso social que para España supuso la República, Giménez de Aguilar fue presidente de la Junta provincial de Turismo, e inició el despegue de una incipiente actividad económica que en el futuro se revelaría como muy lucrativa para Cuenca. Aunque quizá lo que más le satisfizo, a pesar de los serios problemas que le traería en el futuro, fue ocupar los despachos de delegado provincial de Bellas Artes y director del Museo provincial. Desde aquí va a comenzar la catalogación del inmenso tesoro artístico legado por toda la provincia, un trabajo faraónico al que se va a entregar apasionadamente y con el que va a disfrutar más que con ningún otro cargo político.

El periodista **José Luis Muñoz**, de origen ceutí aunque afincado en Cuenca desde muchos años atrás, fue el primero de sus biógrafos que en 1985 se atrevió a rescatar su figura y editar parte de su obra. Muñoz lo considera en su estudio un convencido y tenaz "activista republicano". La sublevación militar de 1936 lo cogió en Cuenca y tuvo que enfrentarse a la visceral ira popular que se cebó en la destrucción del patrimonio religioso. Fue una respuesta insensata y brutal, inadmisibles en la España democrática y civilizada que la República representaba. Los sectores más radicales de la izquierda española, indignados por la complicidad que la iglesia católica mantenía con los militares sublevados, se lanzaron a destruir irremplazables obras de arte: iglesias, conventos, pinturas, tallas, retablos... El patrimonio nacional sufrió una seria merma que desprestigió internacionalmente la resistencia del pueblo español ante el fascismo. Hoy día, ni siquiera esta reconocida complicidad de la iglesia con el fascismo, puede justificar una destrucción tan absurda como la que se produjo en los días posteriores al golpe militar.

Cuentan sus biógrafos que Juan Giménez de Aguilar arriesgó su vida plantándose frente a la muchedumbre que pretendía saquear el patrimonio artístico de la catedral de Cuenca. Ante la súbita radicalización del conflicto, no resulta peregrino afirmar que Juan Giménez se jugara la vida por salvar tallas y pinturas religiosas de la quema general que se produjo en los días siguientes al golpe militar. Finalmente, su prestigio personal como republicano pudo más, y la mayor parte de estas obras de arte fueron catalogadas y enviadas a Valencia "A él deben los conquenses que su catedral siga en pie -apunta de nuevo José Luis Muñoz- porque sólo con su voz y su prestigio personal fue capaz de detener a la turba empeñada en reducir a cenizas la obra de arte". Entre otras valiosísimas obras pictóricas, el **Tesoro de la Catedral de Cuenca** cuenta hoy en su pinacoteca con dos sorprendentes cuadros de El Greco - *Oración en el huerto* y *Jesús con la cruz*-, que fueron salvados de la quema gracias a la prestancia de este conquense. A través de la **Junta de Incautación del Tesoro Artístico**, organismo de urgente creación con el que la República intentó evitar esta descabellada destrucción, Juan Giménez de Aguilar rescató y salvaguardó un legado de incalculable valor cultural y econó-

mico que aún hoy puede contemplarse en el museo diocesano de la catedral de Cuenca. La iglesia conquense -a excepción de algunos sacerdotes que a título individual han reivindicado este coraje de Juan Giménez-, aún no ha abierto la boca para agradecer un gesto de valentía que hoy la hace ser una de las diócesis españolas donde más patrimonio religioso se conserva.

Así fue como este empedernido anticlerical, como más tarde lo calificarían los cronistas del franquismo, preservó del saqueo el monumento conquense y salvó para la posteridad su incunable tesoro.

La represión

Desde nuestra óptica de ciudadanos del tercer milenio y conociendo su enorme capacidad intelectual, resulta difícil de comprender cómo este destacado socialista, defensor de la cultura y fundador de la primera UGT de Cuenca, no comprendiera lo que se le venía encima y abandonara España cuando la guerra civil se perdió. Es posible que no sintiera temor porque, en su ingenuo humanismo, se considerara un personaje sin relevancia con el que los vencedores no tomarían represalias. Pero se equivocó, porque la salvaje represión de los vencedores se cebó especialmente en él. Juan Giménez fue detenido, apaleado, encarcelado, juzgado y condenado a muerte por ser, según reza un informe falangista de la época, "una persona muy peligrosa para el Movimiento Nacional". Así fue como recompensaron los indignos vencedores de la contienda el coraje que tuvo don Juan Giménez de Aguilar para salvar el tesoro artístico de Cuenca.

Aunque esta sentencia de muerte nunca llegó a ser ejecutada, Juan Giménez de Aguilar pasó cuatro años de su vida en la cárcel, donde junto a la incertidumbre de que cada mañana podía ser fusilado, sufrió palizas, humillaciones y privaciones de todo tipo. Con la salud quebrantada, y sólo gracias a las numerosas peticiones de indulto que llegaban al gobierno del dictador, fue liberado en 1944 pero no se le permitió volver a Cuenca. Se le desposeyó de cuanto tenía en su ciudad natal y se le obligó a pagar una multa de 25.000 pts. Completamente arruinado, pero al menos rodeado de sus seres queridos, Giménez de Aguilar murió a la edad de 73 años, exiliado de Cuenca, en la no menos gloriosa cuna de Cervantes, la universitaria Alcalá de Henares. Cuentan sus familiares, con una amargura que aún no han logrado quitarse de la boca, que en un alarde de caridad cristiana, el párroco del cementerio complutense se negó a dar sepultura a los restos de don Juan en el camposanto de la ciudad.

Todos sus biógrafos coinciden en que en la represión y exterminio de esta mente privilegiada que fue don *Juanito*, como familiarmente se le conocía en Cuenca, tuvo mucho más peso su condición de masón que su comprometida militancia política socialista.

Su pertenencia a la Masonería

De la mano de Rodolfo Llopis y sin duda influido por la condición de masones de su padre y su abuelo paternos, Juan Giménez de Aguilar ingresa en la Masonería en 1923. Abrazar el credo de la Logia significaba para él, como para tantos otros intelectuales de la época, aceptar el ineludible compromiso con la libertad, el afán de conocimiento, la cultura y el humanismo liberal que les exigía su espíritu progresista. Lo hizo primero en la logia madrileña **Ibérica 7** y después en el triángulo conquense **Electra**. Este grupo masónico desarrollaba en Cuenca una actividad básicamente cultural. En los sótanos de la casa de Juan Giménez de Aguilar se organizaron reuniones,

más o menos clandestinas, en las que se daban cita los masones conquenses: charlas, conferencias, lecturas de poesía, funciones de teatro, interpretaciones musicales... Juan Giménez de Aguilar fue durante un tiempo el encargado de velar por el cumplimiento de los deberes filantrópicos, ejerciendo como maestro supervisor que preparaba a los neófitos para las ceremonias rituales.

Bajo el nombre clave de *Juan de Valdés*, el escritor renacentista que vivió en la Cuenca del siglo XVI, Giménez de Aguilar llega en junio de 1927 a desempeñar la función de **Primer Vigilante** en Electra. Pertenece a la Masonería hasta 1934, momento en el que su compromiso cada vez mayor con la izquierda republicana y el movimiento obrero español, le llevaron a alejarse de la Logia. Sus vínculos con la organización se debilitaron bajo su nueva condición de *durmiente*. Tras el estallido de la guerra civil, la avanzada edad de Juan Giménez lo mantuvo en retaguardia, alejado del frente y dedicado exclusivamente a preservar el patrimonio histórico-artístico conquense. No existen noticias de que volviera a incorporarse a la Masonería, aunque su pasado masón va a pesarle fatalmente cuando acabara la contienda. Se le aplicó la ley de **Represión de la masonería y el comunismo** (1940) y se le condenó a pena de muerte que afortunadamente nunca se cumplió.

Algunas personas próximas al nuevo régimen intentaron interceder en su favor y a Juan Giménez se le ofreció la posibilidad de conmutarle la pena máxima si renegaba por escrito de su ideología masónica. En aquellos momentos de persecución, acoso y exterminio de mentes privilegiadas en España, Giménez de Aguilar tuvo la suficiente lucidez personal para no dejarse fusilar. Su instinto de supervivencia y los ruegos de sus familiares, le hicieron finalmente firmar el represivo documento. Supo hacerlo con dignidad, pues si una de las condiciones del documento era delatar a otros compañeros de logia, don Juanito se limitó a nombrar a los que ya habían sido fusilados y a aquellos otros que se encontraban exiliados en el extranjero. La principal y más decisiva intervención a su favor parece que vino del militar Ramón Escofet, el padre de su fallecida primera mujer, que consiguió conmutar la pena de muerte por una condena de treinta años de prisión. Esta sentencia fue después ampliada con la inhabilitación absoluta durante 14 años, el exilio de Cuenca y una sanción económica que lo arruinó. Los chacales del nuevo régimen le despojaron de todo cuanto tenía y ni tan siquiera le permitieron morir en su ciudad natal. Hoy en día, todo su patrimonio sigue pendiente de devolución.

Aunque en su libro **El Hermano bastardo de Dios**, el escritor conquense José Luis Coll da por fusilado a este insigne personaje, hoy se sabe que no fue así. Don Juanito fue primero sometido a incomunicación, interrogatorios y torturas en la cárcel de Cuenca. Algunos supervivientes de aquella siniestra época, aseguran que sus carceleros de camisa azul se ensañaban especialmente con él por su carácter pacífico y bonachón. Con la salud ya quebrantada, Juan Giménez de Aguilar fue trasladado de Cuenca a la prisión madrileña de Porlier (allí tuvo oportunidad de convivir con compañeros masones en parecidas circunstancias) y finalmente a Alcalá de Henares, de

donde en 1944 salió bajo libertad condicional para morir tres años después. Tuvo al menos el consuelo de hacerlo rodeado de su mujer y sus familiares más allegados, que nunca lo abandonaron en estos últimos y difíciles momentos de su vida. Hoy también sabemos que, fiel a su sed de conocimiento, dedicó los últimos meses de su agitada existencia al estudio e investigación de la villa complutense en la que había sido exiliado.

Actividad docente: sus dibujos naturalistas

Al margen de su época de docencia convencional, durante la que ocupó el cargo de director del Instituto Alfonso VIII de Cuenca, Juan Giménez de Aguilar tiene en su currículum el haber sido profesor en la cárcel para otros compañeros de fortuna. En los talleres penitenciarios de Alcalá de Henares, impartió a los presos clases de dibujo, ciencias naturales, fisiología e inglés. Paradójicamente, y a pesar de su profundo conocimiento de la Biblia, fue obligado a asistir él mismo a clases de catecismo para confirmar su rechazo del *complot masónico* que amenazaba al Régimen.

De su época de presidio se ha recuperado un material pictórico muy interesante. Durante estos tristes años de cárcel, don Juanito desarrolló su vocación de dibujante naturalista. En base a estos dibujos, podemos aventurar que en este tercer milenio, Juan Giménez de Aguilar habría sido catalogado como un riguroso ecologista. Sin duda que su amor por la naturaleza, su detallada observación del entorno, su preocupación por preservar íntegras las bellezas naturales y su lucha por conseguir que los recursos fueran explotados racionalmente y repartidos equitativamente, lo convertirían hoy en activo militante de organizaciones de la izquierda verde.

Don Juan tuvo que desarrollar su vocación en las más adversas circunstancias y con materiales insólitos: trozos y hojas de papel que recogía del suelo, lápices de colores o tinta que conseguía en las clases que daba a los otros reclusos... Estos sorprendentes dibujos desarrollan un grado tal de imaginación -espigas gigantes tras las que se esconden cazadores, detallados apuntes de flores, rezumantes capullos de opio, laboriosas hormigas, coleópteros aplicados en la lectura de un diario...- que no resulta peregrino hablar de influencias modernistas. Juan Giménez enviaba estos dibujos en las cartas dirigidas a sus nietas. La minuciosa lectura de estas cartas revela que contenían claves secretas sobre la represión en las cárceles franquistas y la identidad de algunos de los espías y chivatos que operaban entre ellos. Una de las más significativas con este código secreto, es la que envía en 1943 a sus nietas **Guadi, Pepi y Amalia**, bajo el título "*Amaos los unos a los otros*", donde el doctor coleóptero (una mariquita) se muestra preocupado leyendo el *Ya*, escuchando la radio y preparando una barca de papel donde piensa salvar todo su pequeño zoológico de papiroflexia si llegara un diluvio universal.

El dibujante **Loza**, su compañero de prisión en Cuenca, lo retrató mientras pintaba en su celda. Esta valiosa caricatura es la prueba más convincente de que a don Juan Giménez de Aguilar y Cano, masón, republicano, científico, periodista y brillante escritor, ni tan siquiera en la cárcel lograron arrebatarse su vocación artística, su pasión por la enseñanza, ni su profunda y admirable capacidad para crear. ■